

Natura en la Literatura

Raquel González Lozano

Profesora de secundaria en el IES Cartima y licenciada en Filología Hispánica por la UMA

PODEMOS PENSAR QUE LA LITERATURA como arte «humano» se centra en asuntos «humanos». Transmisora de conocimiento y emociones desde los más remotos tiempos ha tenido un papel fundamental en el desarrollo de la humanidad. Pocas artes han logrado conectar a seres humanos desde tan lejanas distancias en el tiempo y desde tan lejanas distancias en el espacio. Los sentimientos, las ideas, las relaciones humanas comparten una base universal, no hay duda de ello. No obstante, en el hecho literario siempre han tenido cabida otros mundos, mundos no humanos. Y desde que contamos historias hemos dedicado unas líneas, unas frases, a pintar el escenario en el que ocurren las acciones del relato o dónde se sienten las emociones de un poema; el lugar donde se intercambian las ideas entre personajes en una pieza teatral o donde se realiza un aprendizaje en una fábula. En todos los géneros: la narrativa, lírica, dramática y didáctica se han venido empleando los escenarios como un elemento constructivo más. Su papel eso sí ha variado ya que en ocasiones es utilizado por los autores como un marco acorde y, en otras, contrastivo. Pero siempre con una función de realce que enmarca el mensaje que cada autor, cada autora, quiere lanzar a sus lectores; los más inmediatos sí, pero también al resto de la humanidad.

La naturaleza ha sido desde que estudiamos la historia de la literatura uno de los ambientes preferidos por los autores para enmarcar sus creaciones; qué sería de la poesía bucólica sin este prosencio... No es distinto de lo ocurrido en otras artes: pintura, escultura e incluso arquitectura. Pensemos en autores del paisajismo inglés como Joseph William Turner extasiado en 1802 por la magnificencia del Mont Blanc y creando *El Glaciar de Bossons*. O el hallazgo de Claude Monet de sus dos pasiones, pintura y botánica, cuando se instaló en Giverny durante 43 años para dejar su huella en el Impresionismo. Y aún más, la intensa la devoción de Paul Gauguin por los «dioses del mar» en Tuamotu que plasmó en su obra sobre el Pacífico.

46

En nuestro siglo el paisajismo adquiere una nueva y más completa dimensión cuando el talento domina a la tecnología. Hay cada vez más autores que utilizan aplicaciones como Photo Sphere o Google Maps 360 para lograr el impacto de la inmersión virtual en naturalezas como los fondos marinos de Sydney de Catlin Seaview Survey o Pointe Varreur de las islas Seychelles de Grisha Grishko.

Una de las más importantes formas en que el medio natural y su representación han visitado el arte literario ha sido



© Biblioteca Nacional de España

47

a través de los elementos decorativos y las ilustraciones. En el pasado gótico y renacentista, orlas y motivos hacían que la Naturaleza tuviera un papel importante en cada escrito humanista. Los amanuenses e iluminadores reflejaban su interés por lo clásico y se inspiraban en

los estilos arquitecturales romanos: hojas de acanto, rosetones florales, cartelas vegetales y hojas de laurel en guirnaldas son habituales en la decoración de los libros renacentistas. La simetría en capullos de flores, cornucopias y almenaras producen sensación de orden y

equilibrio, dos valores muypreciados en estas décadas y que casaban a la perfección con el *topoi* del *aurea mediocritas*. Una naturaleza representada mediante ilustraciones que armoniza y da intensidad al mundo humano representado mediante la palabra escrita.

Más allá del ornamento, la Naturaleza ha sido y siempre será fuente inagotable de inspiración por sí misma pero además por la especial relación que adquiere con el ser humano en los trances más importantes de su vida real o de su historia ficticia. La Naturaleza en sentido literal, como marco, y en sentido metafórico, como símbolo, nutre cada una de las corrientes literarias y géneros: desde la poesía a la didáctica, pasando por cada estilo y época de la historia literaria de cada lengua.

Hay dos momentos en esta evolución del arte literario donde la Naturaleza se ha convertido en protagonista absoluto en los textos: el Renacimiento y el Romanticismo.

Todos conocemos el empirismo y el neoplatonismo surgido en el Renacimiento y su reflejo de la Naturaleza ideal desde el *locus amoenus*. La unión entre filosofía y ciencia desemboca en una nueva imagen del mundo natural. No en vano, autores renacentistas en el más pleno sentido de la palabra como Giordano Bruno explicaban la Naturaleza como un organismo vivo y racional, eterno en su ciclo de muerte y renacimiento. La denominaba *mondo* e incluía, para él *gli grandi animali* (los cuerpos celestes considerados también seres vivos) y los animales terrestres.

Suelen representarla como una naturaleza contemplativa, ideal, que evoca tiempos felices y trae paz. Tan distinto a lo que ocurrirá en la época justamente posterior: el Barroco en su búsqueda de lo real no deja de reflejar la Naturaleza en toda su complejidad. Como muestra de esta naturaleza equilibrada podemos

leer la queja de Nemoroso en la Égloga I de Garcilaso de la Vega:

Corrientes aguas, puras, cristalinas,

*árboles que os estas mirando en
ellas,*

verde prado, de fresca sombra lleno,

*aves que aquí sembráis vuestras
querella*

hiedra que por los árboles caminas,

*torciendo el paso por su verde
seno....*

La importancia adquirida por el medio natural durante el Romanticismo también fue extraordinaria. Valga como muestra una sola composición: la rima LIII de Gustavo Adolfo Bécquer donde la comparación entre naturaleza cíclica/ vida lineal nos da una importante lección acerca de las oportunidades y los sentimientos. Estructura trilogica, cada estrofa viene marcada por el peso de un archifonema:

ave/madreselva/palabras

de forma que la progresión desde un exterior al interior conecta indefectiblemente Naturaleza y Humanidad. La magia del ritmo poético se consigue con la cadencia constante solo interrumpida por la esdrújula «desengañate» para marcar el mensaje central.

No será única esta rima, Bécquer hace evidente esta importancia que adquieren los elementos naturales en muchas composiciones más, nombremos solo una más: la Rima IX dedicada íntegramente al panteísmo y la unión total con la Naturaleza.

*... y hasta el sauce, inclinándose a su
peso,*

al río que le besa, vuelve un beso.

RIMA LIII

Volverán las oscuras golondrinas
en tu balcón sus nidos a colgar,
y otra vez con el ala a sus cristales
jugando llamarán.

Pero aquéllas que el vuelo refrenaban
tu hermosura y mi dicha a contemplar,
aquéllas que aprendieron nuestros nombres...
ésas... ¡no volverán!

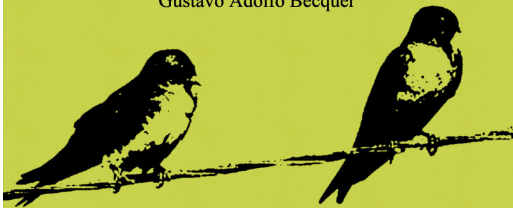
Volverán las tupidas madreelvas
de tu jardín las tapias a escalar
y otra vez a la tarde aun más hermosas
sus flores se abrirán.

Pero aquellas cuajadas de rocío
cuyas gotas mirábamos temblar
y caer como lágrimas del día...
ésas... ¡no volverán!

Volverán del amor en tus oídos
las palabras ardientes a sonar,
tu corazón de su profundo sueño
tal vez despertará.

Pero mudo y absorto y de rodillas,
como se adora a Dios ante su altar,
como yo te he querido... desengáñate,
nadie así te amará.

Gustavo Adolfo Bécquer



Mediante la personificación, el símbolo (a la memoria nos vienen rápidamente obras con el tópico del *vita-flumen*) o la alegoría también ha participado nuestra querida naturaleza de las mejores piezas literarias. No obstante, hay autores que llegan a recopilar compendios poéticos dedicados en exclusiva a la contemplación de distintos tipos de naturaleza como un trasunto de la experiencia vital. Ocurre en la obra *Impresiones y paisajes*, escrita por Federico García Lorca en los años 20. Un primer Lorca, muy joven aún, influido por corrientes y autores anteriores (Modernismo, Noventayochismo o Machado entre otros). De las tres partes que lo componen; Castilla y Granada son las protagonistas en las dos primeras, de forma que la metáfora de belleza, soledad y melancolía dejan un regusto a los más bellos versos de Ganimet.

En el campo inmenso no se oye nada más que la chicharra que muere borracha de luz y de su canto.

Es mediodía. Se ve moverse el aire agitado de calor. Detrás de la inmensa ráfaga de fuego que cubre los campos, se distinguen las verdinegruras de las alamedas. El campo está desierto. Los

labradores duermen en sus casas. Las acequias cuchichean misteriosas unas con otras. Las espigas de los trigales, agitadas por la brisa se frotan entre sí produciendo sonido de plata. Un campo de amapolas se está secando falto de agua. La gran sinfonía de la luz impide abrir los ojos.

Sonó la queda en el silencio de la paz campesina, cargada de voluptuosidad... Era una interrogación de la carne...

Las mujeres del pueblo se bañan en el río. Chillan de placer al sentir el frescor del agua lamiendo sus vientres y sus senos. Los mozos, como faunos, se esconden entre las malezas para verlas desnudas. La naturaleza tiene deseos de una cópula gigante. Las abejas zumban monótonas. Los mozos se revuelcan entre las flores y el saúco, al ver a una mozueta que sale desnuda, con los senos erguidos, y que se tuerce el pelo mientras las demás maliciosas le arrojan agua al vientre

La codorniz canta en el trigal.

Para concluir, es un hecho que gracias a la naturaleza y su presencia hemos logrado conectar de manera más profunda con los mensajes lanzados por nuestros autores desde hace siglos y hasta la actualidad. Mensajes desde el intelecto o desde el corazón porque, en ambos casos, ella tiene mucho que aportar. Como siempre hace, en su relación con el ser humano: nos guía y determina para aprender de ella las grandes lecciones que ofrece... en cada fenómeno, en cada accidente, en cada ciclo... *Natura*, participio de *nasci*, que hace crecer en nuestro interior, como receptores, con más intensidad las emociones, los sentimientos y las ideas. Y no importa que su papel sea secundario y aparezca como desde un segundo plano como marco o símbolo u ornamento. Su vigor trasciende en literatura igual que en lo real. *Natura* siempre en su máximo poder, hacer nacer. —